

## CRISIS SOBRE CRISIS



Decía muy bien Elena Pipó en una de sus editoriales que el mayor problema de la náutica de recreo es la poca ayuda que recibe del estado; es más, yo, que soy políticamente incorrecto por vocación, añadiría que el mayor enemigo que tiene la industria de ocio para el recreo es el nulo interés por parte de la administración competente hacia un negocio que, a pesar de que mueve cientos de millones y genera muchos puestos de trabajo, no logran sacarlo de la demagogia sobre el lujo y las gentes ricas y famosas. Eso sí, se acuerdan de nosotros cuando se trata de pagar indignantes tasas por el uso de nuestros faros, impuestos de lujo y cuantos sacaperras se les ocurre a las gentes de Fomento desde el estanco del Retiro.

De adinerados y privilegiados, sin embargo, que les hablen a los trabajadores de los puertos para el recreo, a los muchos gremios que cuidan y reparan nuestros barcos, a los marineros y operarios de astilleros o fábricas de motores, y en general a todas las gentes que se ganan la vida con los utensilios para la náutica; incluidos los periodistas de la mar. Es insoportable que a estas alturas del siglo XXI nos sigan administrando unos tipos anclados en el pasado, que usan la revancha social como arma arrojadiza, y que en general muestran el más absoluto desconocimiento sobre esta poderosa industria, que en países de nuestro entorno se mima hasta límites incomprensibles para la "banda de marineros de Madrid" que manejan Marina Mercante desde hace lustros a modo de cortijo.

Un país con casi 9000 kilómetros de costa debería ser el motor de una poderosa industria europea que generase los puestos de trabajo que, por ejemplo, Alemania no puede dar por tener una costa muy limitada. Nuestro inmenso litoral debería haber sido planificado desde hace más de treinta años, cuando la incipiente náutica para el recreo comenzó a demostrar de lo que éramos capaces de hacer en España. Sin embargo, hicimos todo lo contrario y la llenamos de ladrillos; y de treinta astilleros que llegamos a contabilizar en los años setenta, hemos pasado a cinco o seis; un hecho lamentable que demuestra la soledad en la que se encuentran nuestros industriales. Para ellos nunca ha habido ayudas públicas, ni créditos preferentes; sino todo lo contrario: acoso y derribo. Y si ya es difícil vender barcos, lo es mucho más si al coste del mismo debemos sumarle otro impuesto además del IVA, que solo se paga en esta sufrida piel de Toro. Y si animar a la gente a navegar es complicado, lo es mucho más cuando para hacerlo hay que realizar unos desproporcionados exámenes que nos deberían acreditar para llevar como capitanes los transbordadores que unen las islas con la Península.

En fin, amigos, cuando uno lleva escribiendo y trabajando desde el mundo del derecho en nuestra maltratada pero siempre querida náutica para el recreo, ya no sabes si reír o llorar, pues los problemas que padecemos hoy son prácticamente los mismos que sufríamos en los años setenta del siglo pasado. Y lo triste y descorazonador es que nada

parece que vaya a cambiar en los próximos años. Continuaremos en manos de funcionarios insensibles y arrogantes que se empeñan en lanzar ese tristemente famoso grito que dio Fraga cuando era ministro de Interior: ¡La calle es mía; Pues, ¡La mar es mía! Seguirán gritando desde Fomento en versión marinera, gobierne el partido que gobierne. Y así nos va.